

# EL JARDÍN DE LA PRIMAVERA

TOMOKA SHIBASAKI

Traducción del japonés:  
Madoka Hatakeyama

  
QUATERNI

La mujer había asomado la cabeza sobre la barandilla de la terraza como si estuviera observando algo. Tenía las manos apoyadas en la barra y el cuello estirado.

Taro mantuvo la mano en la ventana sin terminar de cerrarla y se fijó en ella. La mujer no se movió. El sol se reflejaba en el cristal de sus gafas de montura negra y Taro no podía saber qué estaba mirando exactamente, pero tenía la vista al frente, hacia la casa de la propietaria de su edificio que se hallaba al otro lado del muro de cemento.

Visto desde arriba, el edificio de apartamentos tenía forma de ele. El de Taro estaba en la planta baja del tramo corto de la ele. La mujer de la terraza, cuyo apartamento estaba en el otro extremo, se había colado en su visión cuando estaba

a punto de cerrar la ventana que daba al patio, un espacio indefinido de tres metros cuadrados donde las malas hierbas crecían entre los ladrillos de hormigón. Estaba prohibido entrar en él. Con la llegada de la primavera, la hiedra había crecido sobre el muro de cemento que separaba el edificio de apartamentos de la casa de la propietaria. Justo al otro lado había un arce y un ciruelo cuyas ramas, demasiado largas porque nadie las podaba, habían crecido por encima del muro. Detrás de los árboles había una casa de madera de dos plantas, bastante antigua. Como siempre, no parecía haber nadie en ella.

Taro volvió a mirar a la mujer. Seguía en el mismo sitio. Desde su piso en la planta baja apenas veía el tejado de la casa de madera, pues el muro obstaculizaba su visión, pero desde arriba podría verse la casa entera e incluso el jardín. Pero ¿qué sería tan interesante? La casa, que tenía las paredes de madera oscura y cuyo tejado era una chapa de metal pintada de rojo, estaba muy deteriorada. Ya había pasado un año desde que la propietaria, una señora mayor, ingresó en la residencia. Antes, la había visto muchas veces barriendo la entrada de su casa y le había parecido que tenía buen aspecto, aunque decían que ya tenía ochenta y seis años.

Aquella información le había llegado a través de la agencia inmobiliaria.

Sobre el tejado solo había cielo. Había hecho buen tiempo durante toda la mañana pero estaban apareciendo nubes, una masa blanca que parecía de verano aunque era mayo. Cuando se fijó en la parte más alta del cúmulo, recordó que ese tipo de nubosidad medía miles de metros. El contraste del blanco de las nubes con el azul profundo del cielo era tan fuerte que le dolieron las cuencas de los ojos.

Mientras observaba las nubes, Taro se imaginó caminando sobre ellas, como siempre. Después de andar durante mucho, mucho tiempo, finalmente llegaría al lugar donde terminaban las nubes. Entonces colocaría las manos en el borde y miraría hacia abajo para ver la ciudad. Aunque estaría a miles de metros de altura, se verían claramente las callejuelas y los tejados de las casas pegadas unas a otras. Los automóviles de la calzada le parecerían bichos extremadamente pequeños. Una avioneta cruzaría la ciudad volando por debajo de él. Sería como el escenario de una serie de animación. Debajo del cristal y el fuselaje, la cabina del piloto estaría vacía. No se oiría ningún ruido, no solo de la avioneta sino de ninguna otra cosa. Entonces se

levantaría, despacio, y se golpearía la cabeza contra el techo del cielo. No habría nadie más.

Aquella imagen había frecuentado su mente desde que era pequeño. Miró la terraza y vio algo blanco que no había visto antes.

«¿Cuándo ha ido a buscarlo? —pensó. La mujer había apoyado un cuaderno de dibujo encima de la barandilla—. ¿Estará dibujando los árboles o algo así? La terraza está orientada hacia el sur y tiene un tejadillo pequeño. En este momento son las dos de la tarde: ¿no hay demasiada luz para dibujar?».

La mujer asomaba el cuerpo de vez en cuando sobre la barandilla y fue entonces cuando pudo verle la cara. Llevaba unas gafas de montura negra y tenía el pelo liso y negro, ni corto ni largo. Se había instalado en el apartamento en febrero. La había visto en la puerta del edificio en algunas ocasiones y parecía tener poco más de treinta años, más o menos su edad. Era bajita y vestía siempre con ropa muy parecida: una camiseta o una sudadera. Estiró el cuello y su cabeza apareció detrás del cuaderno, mirando en su dirección. En ese momento, Taro se dio cuenta de que no estaba mirando la casa de la propietaria sino la vivienda contigua, una casa azul celeste.

*Piiiiiiii. Piiiiiiii.* Un pájaro pio de repente y se escuchó un susurro de hojas. Las miradas de Taro y

de la mujer se cruzaron. Antes de que él apartara la mirada, ella tomó su cuaderno y entró. Cerró la terraza y no volvió a aparecer.

\*\*\*

Cuando Taro regresó a casa el miércoles por la noche, la vecina del primero estaba en las escaleras exteriores. No era la mujer de la terraza, sino la que vivía en el apartamento de al lado. Llevaba instalada allí bastante tiempo y parecía mayor que la madre de Taro. El *View Palace Saeki III*, el edificio donde vivían, tenía cuatro apartamentos en cada planta que no estaban señalizados por números sino por los signos del zodiaco chino. Desde la entrada principal, empezando por el apartamento de Taro y siguiendo hacia la derecha, los signos seguían este orden: jabalí, perro, gallo y mono; en la planta de arriba: cabra, toro, serpiente y dragón. En aquella época, mucha gente prefería no poner su nombre en el buzón, de forma que casi nadie sabía cómo se llamaban sus vecinos. Para Taro, esta era la Mujer Serpiente. Era simpática y siempre saludaba.

La Mujer Serpiente bajó cuando vio a Taro parado ante su puerta. Solía llevar el pelo recogido en la coronilla y se vestía de forma estrafalaria con prendas que parecían hechas con retales de kimonos.

Aquella noche llevaba unos pantalones con dibujitos de tortugas y una camiseta negra.

—Oye, ¿has perdido una llave? —le preguntó.

—¿Una llave? —repitió Taro. La Mujer Serpiente le puso una llave delante de la cara—. Sí, es mía —contestó al ver el llavero con forma de seta.

—La he encontrado esta mañana, estaba aquí mismo. Pero veo que tienes otra.

—Es la llave que tenía en la oficina. Pensé que me había dejado la otra en casa. Muchas gracias.

—Menos mal. Me preocupaba que te pareciera raro que una señora mayor como yo apareciera con tu llave... No te la he robado, te lo juro. Estaba en el suelo.

—No te preocupes. ¡Muchas gracias!

La Mujer Serpiente se acercó a Taro y le entregó la llave. Era tan bajita que le llegaba a la altura del pecho. Alzó la cabeza y le preguntó:

—Entonces, ¿hoy no has podido trabajar?

—Sí, sí. No soy el único en la oficina. Hay más gente.

—Ah, sí. Claro que sí. Qué tonta soy. Perdóname.

—Tranquila.

Taro recordó que llevaba unas sardinas en salazón en la bolsa. Un compañero se las había traído de un

viaje, pero a él no le gustaba demasiado el pescado en salazón.

—Si te gustan, quédate las. No es nada. Solo un detalle.

La Mujer Serpiente se puso muy contenta y le contó que le encantaba el pescado así. De hecho, se alegró tanto que Taro se sintió incómodo. Después de darle las gracias de nuevo, subió las escaleras dando saltitos.

Taro miró la llave que le había dado la Mujer Serpiente. Había conseguido el llavero de seta en una de esas máquinas que escupen un huevo de plástico con una sorpresa dentro. Era una seta *shimeji*. Recordó que, en el llavero, también llevaba una *eryngii*. Había colgado esas llamativas figuras para no perder la llave. Pensó que la seta *eryngii* debía haberse soltado, pero no estaba ni el cordón ni el aro metálico que la sujetaba al llavero. Mientras calentaba la cena en el microondas (el plato combinado de carne asada que había comprado en el supermercado), pensó que lo mejor sería ponerle un cascabel. Se abrió también una lata de cerveza.

\*\*\*

Salió a recoger una toalla que tenía tendida en la terraza y aprovechó para mirar la terraza del

apartamento del Dragón. Había luz. Hacía tres días que no la veía.

Numazu, el compañero que le había regalado las sardinas en salazón, había pasado el martes en Okayama por trabajo. El lunes siguiente se tomó unos días para ir a Kushiro, donde estaba la casa de sus suegros. Se había casado el mes anterior. Su mujer era hija única y su apellido no era muy común; por ese motivo, Numazu lo adoptó tras la boda. Algunos compañeros seguían llamándolo por su apellido de siempre, pero a Numazu le gustaba tanto el nuevo que incluso había cambiado sus tarjetas de visita. Taro todavía no se había acostumbrado al nuevo apellido, así que seguía llamándolo Numazu.

Durante el almuerzo, después de repartir las sardinas y el salmón marinado entre los compañeros, Numazu le comentó que, aunque no le importaba cambiar de apellido, estaba preocupado por la ubicación de su lápida. Los padres de Numazu vivían cerca del puerto de Shizuoka y siempre había imaginado que terminaría enterrado en el cementerio de aquel templo, rodeado de un desnivelado prado lleno de mandarinos. Como allí daba el sol todo el día, cuando visitó el cementerio donde estaba la familia de su mujer, en un bosque donde en invierno hacía un frío extremo, se sintió triste. Le preguntó a

Taro si creía que su mujer aceptaría que la enterraran en la tumba de su familia. También le preguntó si ella no se sentiría incómoda entre tanta gente desconocida.

Taro pensó un momento antes de contestar.

—Creo que hoy en día hay más opciones. No es necesario que te entierren entre los árboles del bosque. Cuando mi padre falleció, lanzamos una parte de sus cenizas al aire.

—Entonces me gustaría que me enterrasen en el jardín de la casa de mis padres. Es que ahí está mi perro. Se llamaba Guepardo. Me encantaría estar a su lado.

A continuación le hizo un resumen en cinco minutos de los once años de vida de su perro, un animal enorme que había recogido su hermano, que parecía un guepardo y al que le encantaban los restos de pollo. Era muy pesado y lo seguía todos los días hasta el colegio. Cuando envejeció, tuvo problemas en la cadera y ya no podía pasear, pero vivió una buena vida. Era tan grande que costó enterrarlo. Mientras se lo contaba, de vez en cuando le brillaban los ojos.

—Como no pueden lanzarse los huesos tal cual, pues podría considerarse un delito de abandono de cadáver, los que quedaron tras la cremación tuvimos

que machacarlos muy bien hasta convertirlos en polvo.

—Pero ¿lo hiciste tú? —le preguntó Numazu.

—Sí. Me costó bastante porque los huesos son muy duros.

—¿Incluso si están quemados? Pensaba que serían frágiles y fáciles de triturar.

Los huesos del padre de Taro eran duros; ni siquiera tuvo nunca una caries. Hacía casi diez años de aquello. Eso significaba que ya llevaba casi diez años viviendo en Tokio.

Se había llevado de casa de sus padres la maja y el mortero, del tamaño de un cuenco de arroz, que utilizó para triturar los huesos. Todavía los conservaba. Los tres años que estuvo casado con su mujer, los había tenido guardados en el fondo de un armario de la cocina. Como no quería usarlos por equivocación, su mujer insistía en que los guardara en otro lugar, pero Taro no le hacía caso. Eran importantes para él y le preocupaba perderlos. Además, creía que si no los tenía cerca y visibles se olvidaría de la muerte de su padre. De hecho, de vez en cuando pensaba que se había olvidado de su padre y de su muerte.

—No sé qué hacer. Si tardo en decidirme, podría ser demasiado tarde. En Kushiro hace mucho frío,

¿sabes? Puf. No me gusta nada el frío —insistió Numazu.

Taro estaba a punto de decirle que muerto no se siente frío cuando se dio cuenta de que Numazu no estaba hablándole a él; estaba pensando en voz alta, sin esperar ninguna respuesta. En la oficina, que en realidad era un piso, había dos compañeros más que debían estar escuchándolo aunque ninguno quiso meterse en la conversación.

Taro guardó el salmón marinado que Numazu le había traído de Kushiro en un armario que realmente era una librería. Miró el fondo de la tercera balda, donde estaban los vasos y las tazas. Allí estaban el mortero y la maja que compró en una ferretería dos días después del funeral de su padre. Fue un error elegir un mortero con surcos, ya que el polvo se había acumulado en ellos y le daba apuro limpiarlos con agua. En sus líneas, que parecían haber sido grabadas con la ayuda de un peine, todavía quedaba polvo blanco. No se veía a simple vista, pero tenía que estar ahí. Habían repartido los huesos de su padre entre la tumba del pueblo y el altar que tenía su madre. Además, otra parte la habían esparcido en la orilla de un cabo de Ehime donde su padre solía ir a pescar. El viento y las olas se la llevaron. ¿De qué parte del cuerpo de su padre serían aquellas